

EL MATRIMONIO CRISTIANO HOY

VIVIR Y CRECER JUNTOS EN PAREJA

**Profesor Pablo Guerrero Rodríguez, asesor y terapeuta familiar,
Madrid**

*Aula de Teología
Santander, 13 de Marzo de 2007*

Lo primero, quiero darles las gracias por la posibilidad que me brindan de compartir con Vds. mis certezas, mis dudas, mis preguntas y mis proyectos de respuesta en torno a un tema tan importante. La reflexión sobre el matrimonio, sobre la convivencia entre dos personas que quieren descubrir el milagro de un territorio en común, es algo que me ocupa y me preocupa. Tanto en mi calidad de sacerdote, como de terapeuta de pareja, como de profesor de teología pastoral y de teología moral, me encuentro que el matrimonio y, por ende, el matrimonio cristiano, constituye una realidad de la que todos hablan, bastantes dicen que la quieren proteger y no tantos trabajan a su favor.

Cuando comencé a preparar esta conferencia, se me impuso la necesidad de escoger entre dos enfoques; ambos eran pertinentes, interesantes y, creo que necesarios. Sin embargo, el tiempo de que dispongo para compartir con Vds. los hace incompatibles.

El primero, evidentemente más académico, consistía en centrarme más en el matrimonio en tanto sacramento (historia, dogmática, etc.). Se trataría, en definitiva, de desarrollar la definición que nos facilita el canon 1055:

“La alianza matrimonial, por la que el varón y la mujer constituyen entre sí un consorcio de toda la vida, ordenado por su misma índole natural al bien de los cónyuges y a la generación y educación de la prole, fue elevada por Cristo a la dignidad de sacramento entre bautizados”.

O, si prefieren una formulación más teológica, se trataría, como a tantos nos ha tocado hacer, de explicar y desarrollar una tesis parecida a la siguiente:

“El matrimonio cristiano, con su unidad e indisolubilidad, es sacramento de la ley nueva según la Escritura, los Santos Padres y los concilios de la Iglesia; asume la realidad humana y la refiere íntimamente al bautismo y a la fe”.

Así pues, si hubiera escogido este enfoque, el esquema de esta charla habría sido:

- a) El concepto del matrimonio cristiano;
- b) Sacramentalidad del matrimonio¹;
- c) Propiedades del matrimonio cristiano: unidad e indisolubilidad;

¹ Cuando hablamos de la sacramentalidad del matrimonio, estamos afirmando que el matrimonio, para los bautizados, es una realidad humana que remite, apunta, significa, expresa y realiza algo más de lo que aparece y se ve: el mismo amor de Dios a los hombres, expresado en el amor de Cristo a su Iglesia.

d) Estructura antropológica del matrimonio: asume la realidad humana y la refiere al bautismo y a la fe.

He desechado este enfoque porque pueden encontrarlo en cualquier buen manual de teología de los sacramentos.

Opto por un segundo enfoque, creo que complementario al anterior, y más centrado en la teología pastoral que en la teología dogmática. Para quien esta diferencia le resulte confusa, por no estar familiarizado con los términos, quizás le pueda ayudar la definición de Mihály Szentmártoni:

“La teología pastoral puede definirse como reflexión teológica sobre el conjunto de las actividades en las que la Iglesia se encarna, al objeto de precisar cómo deberían desenvolverse esas actividades, teniendo presente la naturaleza de la Iglesia y la situación actual de ésta en el mundo”²

Este segundo enfoque hará que nos centremos en los carismas necesarios para que una pareja funcione y cree vida, en las áreas que deberían tenerse en cuenta en el proceso de preparación al matrimonio y, finalmente, en algunos componentes de la convivencia a que están llamados los esposos cristianos, es decir, aquellos que ponen su confianza en el Señor.

Probablemente opto por este segundo enfoque debido a una “deformación” profesional”. En efecto, la pedagogía ignaciana, ya desde la *Ratio Studiorum*, se presenta como adaptable y dinámica, uniendo “la virtud con las letras”, “la vida con la ciencia” y “la conducta con el saber”. Son características de la pedagogía ignaciana “*las fórmulas de síntesis entre teoría y práctica, entre pensar y hacer, entre conocer y sentir o experimentar, entre razonar y creer, entre aprender y ejercitar o practicar*”. Ignacio de Loyola creía que la vida y costumbres de los estudiantes mejorarían por la formación de actitudes, hábitos y virtudes.

Es desde aquí desde donde intentaré abordar con Vds. el tema propuesto: *El matrimonio cristiano hoy*.

Espero que esta elección de enfoque haya sido acertada. En todo caso, sabemos por propia experiencia que “elegir es renunciar”.

Un matrimonio que funciona genera una familia sólida; es decir, cuidar la pareja es cuidar a la familia y es cuidar a los hijos. En mi experiencia profesional he descubierto precisamente esto, que la buena formación familiar comienza por una buena formación de pareja; que la buena pastoral familiar comienza por una buena pastoral matrimonial –también prematrimonial, claro está-. Y también he descubierto que, una de las herencias más importantes y definitorias que los padres dejan a sus hijos, es, precisamente, su relación de pareja; ésta les condicionará en un sentido o en otro.

Por eso, ahora les invito a reflexionar juntos, en un primer momento, sobre el hecho concreto de vivir y crecer en pareja. Y es que no debe ser nada fácil eso del matrimonio. Como decía Lord Byron, no sin cierto sarcasmo, “*es mucho más fácil morir por la persona que se ama, que vivir toda la vida con ella*”.

En realidad, la pareja nunca está totalmente hecha. Hay que construirla permanentemente, en un compromiso mutuo en el que serán indispensables tres ingredientes:

- Un respeto fundamental a la realidad del otro, con sus diferencias y peculiaridades.

² M. Szentmártoni, *Introducción a la Teología Pastoral*, Estella, 2000², p. 9.

- Una comunicación permanente para ir afrontando las dificultades inevitables que surgen.

- Y, por último, una actitud de ternura para superar los conflictos que la vida en común trae siempre consigo.

Respeto, comunicación, ternura... Y aún falta un cuarto elemento: la capacidad de arriesgarse.

En palabras del P. Kevin Laughery, juez del tribunal eclesiástico de la diócesis de Springfield (Illinois):

“La Iglesia, pueblo de Dios, vive la vida como relación. Difícilmente podemos entender nuestra vida si no es en clave de relación. Cuanto más en serio tomemos nuestras relaciones personales, y cuanto más a fondo intentemos mejorar estas relaciones, tanto más efectivamente viviremos el misterio de la vida de Dios, que nunca revoca su Alianza, su eterno desposorio con la humanidad.

“Las relaciones no son fáciles. Nuestra actual preocupación por el divorcio confirma que la alianza del matrimonio nunca ha sido fácil, aun cuando una mirada a las estadísticas nos mueva a decir que ‘cualquier tiempo pasado fue mejor’. Entregarse de forma irrevocable requiere una absoluta auto donación, la cual exige arriesgarse lo suficiente como para decir: ‘éste soy yo realmente, bueno y malo’. Éste es un riesgo que muchos de nosotros, incluso quienes ocupamos cargos de responsabilidad en la Iglesia, hemos evitado. Y, en la medida en que cualquiera de nosotros ha evitado aceptar este riesgo, en esa misma medida se ha visto dañado nuestro crecimiento en la comunidad y la relación”³

Repito los ingredientes: **respeto, comunicación, ternura, capacidad de arriesgarse.**

1.- CARISMAS DE UN MATRIMONIO

José Antonio García Rodríguez⁴, en su magnífico libro “Hogar y Taller”, recogía una conferencia pronunciada en Viena por Ernst Bloch, allá por el año 1968. Su título era: “*Carismas de un pueblo en marcha*”. En ella se intentaba contestar a la siguiente pregunta: *¿Con qué dinamismos interiores ha de estar equipada una colectividad para que sea capaz de crear vida, de crear historia?* O, dicho de otro modo: *¿Qué tipos de personas son irrenunciables en un pueblo en marcha? ¿Qué no debe faltar?*

Basándome en el libro citado, me gustaría intentar responder a lo siguiente: *¿De qué forma un matrimonio se mantiene en marcha, en crecimiento? ¿Qué necesita? ¿Cómo puede ser cada día más y más creador?*

Bloch decía que un pueblo en marcha necesita el carisma de *lo profético, lo cantor, lo regio y lo medical*. Correlativamente, creo que dos personas que quieren compartir su vida, que quieren vivir y crecer juntas, que quieren significar con su amor el amor de Cristo a su Iglesia, necesitan ser, el uno para el otro, a lo largo de su vida, *profetas, cantores, reyes y médicos*.

Profetas

³ En: J. Hosie, *Con los brazos abiertos. Católicos, divorcio y nuevo matrimonio*. Santander, 2001, p. 9

⁴ J.A. García Rodríguez, *Hogar y Taller. Seguimiento de Jesús y comunidad religiosa*. Santander, 1987²

Profeta es el que pone a una comunidad en marcha. Profeta no es quien conoce el futuro, porque no podemos conocer el futuro, digan lo que digan Rappel, Octavio Acebes o la bruja Lola. Profeta es ese varón, esa mujer, que es lúcido para analizar el presente y animar señalando el futuro. Conoce el destino, mira siempre hacia el horizonte, hacia lo que *“podemos y debemos llegar a ser”*, hacia lo que nuestra pareja *“puede y debe llegar a ser”*. Hacia el sueño de Dios sobre nuestras vidas. Sin profetismo no hay marcha, no hay avance.

Me gusta imaginar a ese varón, a esa mujer, como un marino mirando a las estrellas: nunca las podrá alcanzar, pero las estrellas le marcan el camino. Galeano y el horizonte: *¿Para qué sirve el horizonte si nunca lo alcanzamos?* Pues para eso, para caminar.

El profeta taladra el presente y nos vuelca hacia el futuro, hacia delante. Capta como nadie lo que no funciona, lo que está mal, lo que nos falta, lo que podemos mejorar... Ese varón, esa mujer están profundamente enamorados de la justicia, de la fidelidad, de la igualdad. Están profundamente enamorados de Dios. Son maestros a la hora de descubrir los “huecos”, las componendas, los “pactos con el diablo”, las instalaciones, los mecanismos de defensa para justificar sus mediocridades, las “rebajas de enero de sus vidas en pareja”, sus “baratijas”...

Sus palabras mágicas son *“todavía no”*. En una pareja, a sus miembros, en un momento u otro, les “tocará” ser profetas; ser conscientes de lo que falta por caminar.

Bien sabe Dios que los profetas son molestos (¡que se lo digan al pueblo de Israel!). Quizás porque a menudo su mensaje y su vida toman la forma de reproche. Una pareja en la que ambos fueran simplemente profetas, sería absolutamente insoportable. Pero, a la vez, ¡pobre de la pareja donde no haya profetismo, utopía y una cierta tensión hacia el futuro!, porque esa pareja está moribunda. Sin profetas una pareja no puede hacer de vigía de sus necesidades ni de las de sus semejantes.

Y hay algo aún más importante: sin profetas, no hay esperanza. Y es que los profetas son brújulas. Nos ponen radicalmente frente a nuestros ideales, frente a nuestro amor primero. A veces no son entendidos, porque una pareja vive, aparentemente, más tranquila sin ellos. A menudo los criticamos por ser incoherentes, porque a veces “no se aplican el cuento”, no denuncian simplemente al mundo, sino a nosotros mismos y a nuestro estilo de vida personal y familiar...

Pese a todo, como ya he dicho, ¡pobre de la pareja que no tiene profetas! Tampoco se necesita ser profeta “a todas horas”. Es bueno ser un poco profeta, pero sin pasarse. Si los miembros de la pareja se dedican simplemente a ver lo que les falta, sería un infierno. No se puede vivir con alguien que se dedica, desayuno, comida y cena, a recordar lo que todavía no se ha conseguido.

Se necesitan profetas que, desde el interior de la pareja, nos digan: *“todavía no”*. Pero no basta lo profético. Como dice José Antonio García, *“los profetas son la levadura de la masa, pero no saben hacer pan”*. Sin profetas no hay pareja madura, sólo con profetas, tampoco.

Cantores

Para que una pareja se mantenga en marcha, y para que su marcha sea creadora, son precisos otros dinamismos interiores. Por eso, en algunos momentos, hace falta cantar. Necesitamos celebrar y cantar la vida, los logros que ya existen en nosotros. En nuestra vida personal, en toda vida en común, hay cosas que necesitan ser cantadas, celebradas y admiradas. Si las palabras mágicas del profeta eran *“todavía no”*, las del cantor son *“ya sí”*.

El profeta y la profetisa son molestos porque siempre nos señalan lo que nos falta. Los cantores nos repiten lo que ya tenemos, lo que ya somos, lo que llevamos realizado de nuestro sueño. El cantor es ese varón, esa mujer, que reconoce que el horizonte ya está aquí, que el sueño se va realizando; que, en ocasiones, casi podemos tocar las estrellas. Nos anima, no mirando hacia el futuro, sino mirando al pasado y al presente. Si el profeta tiene un cierto “*pesimismo metodológico*”, el cantor tiene un “*optimismo sistemático*”.

A la pareja que está desanimada, triste, no la levanta el profeta. La levanta el cantor. Porque alegrarnos nos hace ser más resistentes. ¡Ay de la pareja que no es capaz de gozar, de pasárselo bomba, de sonreír, de hacer de su vida una acción de gracias!

Cantor es ese varón, esa mujer, que sabe ser feliz, que se sabe feliz y es capaz de dar gracias y, aún más importante, que sabe que gran parte de esa felicidad depende de hacer feliz a la otra persona.

Ahora bien, no se trata simplemente de cantar. Hay que saber lo que se canta y cómo se canta. El cantor no es el que “suaviza” y rehuye siempre los conflictos. Si simplemente se canta, podemos estar huyendo de los problemas. Cantar no es alienarse. Cantar el gozo que ya está aquí es prepararse para seguir caminando. La experiencia nos dice que, si siempre estamos cantando, acabaremos, sin duda, causando dolor de cabeza a la persona que amamos.

Pero ya nos encontramos con un primer problema. Profetas y cantores no se llevan nada bien y, además, tienden a “excomulgarse”. No tienen una convivencia fácil. El profeta piensa que los cantores son “tontos felices”, el cantor piensa que los profetas son “tontos tristes”. Existe, además, un segundo problema: ambos se necesitan mutuamente. Si en una pareja sólo hubiera cantores, ésta sería una pareja de “arrumacos”, apolítica, asocial, sin compromiso. Sería una pareja conformista, sin tensión hacia el futuro, sin proyecto... una pareja, si me permiten la expresión, de espiritualidad “fofa”.

Obviamente, necesitamos algo más que guitarras para construir un proyecto de pareja, como para construir el Reino de Dios. Porque, a base de oír cantar, nos puede dar una jaqueca francamente seria. Se hace necesario también otro tipo de persona en la pareja.

Reyes

Para que una pareja avance hacia el futuro es preciso que alguien “siente juntos” a profetas y a cantores. Es lo que Ernst Bloch llama reyes. Rey es ese varón, esa mujer, que es capaz de salvar a lo profético y a lo cantor de excomulgarse, y, por tanto, de anularse mutuamente. Las palabras mágicas del rey son: “*caminamos juntos*”

Sin reyes las energías de profetas y de cantores se pierden y neutralizan. Sin reyes en la pareja podemos poner el carro delante de los bueyes, o vender el carro o comernos los bueyes. La pareja se divide y no hay vida verdaderamente compartida. Uno empieza a correr y otro se queda parado. Utilizando una imagen bíblica, podríamos decir que, sin reyes, medio pueblo de Israel se hubiera quedado adorando al becerro de oro y medio pueblo de Israel hubiera continuado su camino, forzando la marcha y muriendo en el desierto de sed y de cansancio. Sin reyes en la pareja, pueden surgir falsos profetas y pseudocantores.

Es muy importante “estructurar” el deseo. Además, no debemos olvidar que los llamados “valores finales” –libertad, igualdad, solidaridad, amor...- precisan de los

llamados “valores instrumentales” –capacidad de sacrificio, honradez, capacidad de sufrir frustraciones, paciencia...- sin los cuales, los valores finales no pasan de ser palabras sin contenido real. Estamos hablando de pareja pero, tanto para el mundo de la educación, como para el mundo de la política, esto que acabo de decir es también muy importante.

Así pues, el rey, la reina, es aquella persona que sabe que es necesario estructurar el deseo, estructurar nuestros sueños.

Es aquella persona que recuerda a la pareja la existencia de los valores instrumentales.

A lo largo de su vida, en el interior de la pareja, es preciso ejercer el servicio de la autoridad, de la coordinación. Se hará necesario animarse, confirmarse, “mandarse”. En las dudas, en las encrucijadas, puede que uno de los miembros de la pareja tenga que llevar la iniciativa. Pero los reyes también tienen su peligro. No es sano ni bueno que siempre sea la misma persona quien lleve la iniciativa. Los reyes pueden pensar que su opinión supera a la de los demás, y su tentación puede ser la de decidir por ellos. El peligro de los reyes es tener las respuestas antes de que las preguntas sean formuladas o, peor aún, pensar que sólo ellos tienen las respuestas.

Una pareja donde sólo hubiera reyes sería insufrible, como un reino de taifas. Sería una pareja en que la convivencia pacífica se lograría pagando un precio demasiado alto, el de la comunión y el de la propia valoración y dignidad.

La pareja, en mi opinión, precisa de lo profético, de lo cantor y de lo regio. Pero hay un cuarto dinamismo interior que necesita toda pareja. Y, a mi juicio, es el tipo de personas hoy por hoy más escaso, pero también el más necesario en este momento y, más aún, mirando hacia el futuro. Porque en todo grupo humano, en toda comunidad, en toda familia, en toda pareja, que recibe el pasado, celebra el presente y se proyecta al futuro, hay enfermos. Enfermos de muchas cosas, especialmente enfermos del corazón y del alma. Y la persona que está sufriendo, lo que menos necesita es de quien la culpabilice, de quien le diga “alegra esa cara, que no es para tanto”, o de quien intente coordinarla “justo ahora”. Quien está enfermo necesita un médico.

Médicos

No todo es jauja en la pareja. Una pareja que no admita en su seno la “enfermedad” está llamada al fracaso. Hay momentos en la vida en los que necesitaremos ser médicos de nuestra pareja, es decir, saber acercarnos silenciosamente a la persona amada y tratar de curarla con grandes dosis de cariño y confianza. Ojalá no falten médicos en el interior de las parejas. Si nos faltan o comienzan a escasear, estamos prácticamente perdidos. Si nos faltan los médicos, la marcha hacia delante irá dejando mucha vida en la cuneta. Los médicos puede que no sean clarividentes, que no estén insertos, que no nos alegren la vida, que sean un desastre a la hora de coordinar... Pero mal camino lleva la pareja en que sus miembros no saben ser médicos el uno para el otro.

En palabras de José Antonio García:

“Todos conocemos ese tipo de hombre o de mujer cuya aportación fundamental al grupo consiste en saberse acercar silenciosamente a cada sujeto, intuir, sin muchas preguntas, dónde está su herida, y tratar de curarlo devolviéndole grandes dosis de confianza en sí mismo (...). Su presencia es absolutamente necesaria y preciosa dentro de un grupo comunitario en una época como la nuestra, en la que una civilización perfecta produce menos

heridas exteriores (ésas son fáciles de curar), pero tiende a multiplicar las ocultas”.

Sin médicos no hay marcha, porque *“al que se sienta al borde del camino, herido, no le echa a andar más que el samaritano que entiende de vendar heridas”.*

Profetas, cantores, reyes y médicos... Todos hacen falta en la pareja, en la familia y, por supuesto, en la Iglesia...

Ahora bien, es muy importante que estos dinamismos interiores, estos *carismas*, no pierdan de vista su vocación, su pasado, su presente y su futuro. Que estos carismas no pierdan de vista su sueño, su razón de ser, su “amor primero”. De ser así, si se pierde la conciencia profunda de que son dones recibidos para los demás, o si se pierde la convicción de que es necesario cuidarlos, corren el riesgo de pervertirse. Y cada uno de estos cuatro dinamismos interiores, de estos cuatro carismas, tiene su “correlato perverso”. El profeta se puede convertir en *agorero*. El cantor se puede convertir en *cantamañanas*. El rey puede dar paso a un *tirano*. El médico puede dejar paso a un *matasanos*.

Pues bien, en un matrimonio cristiano, lo que separa a cada dinamismo interno, a cada carisma citado de su “correlato perverso” es la conciencia agradecida, es el reconocimiento de que “lo recibido es don de Dios para la Iglesia, para el mundo, a través de mi esposa, de mi esposo, que se convierte así en mediación concreta del amor de Dios en la vida, en mi vida.”

Profetas, cantores, reyes y médicos...

Ahora me gustaría, con Vds. dar un paso más... Lo dicho hasta ahora a alguno le puede sonar demasiado poético. Por eso, vamos a cambiar de tercio, y vamos a señalar qué elementos concretos deberían estar presentes en el proceso de maduración de la vida de pareja. Ya no se trataría sólo de dinamismos interiores, sino de elementos concretos para hacer que una pareja pueda madurar. De elementos concretos a cuidar en toda pastoral matrimonial y prematrimonial.

2.- ¿QUÉ ELEMENTOS DEBEN ESTAR PRESENTES PARA QUE UNA PAREJA MADURE?

2.1. Tener un *objetivo* –u objetivos- como pareja y, en concreto, como pareja que quiere seguir al Señor:

¿Qué buscamos juntos? ¿Qué queremos? ¿Hacia dónde vamos? ¿Con qué medios vamos a contar para conseguir este objetivo?

Es lo que, en “Asesoramiento matrimonial” llamaríamos: *“Proyecto de pareja”*.

Esto exige:

- a) Diálogo, comunicación continua, replanteamientos, definición de las funciones (según criterios: “lo masculino” y “lo femenino” –en parejas más clásicas-, las habilidades, apetencias o disponibilidad de cada uno, etc.) Esto debería de estar especialmente claro en el caso de tener hijos (es una situación que aporta muchas “gratificaciones” afectivas, pero también muchas crispaciones en un principio, fundamentalmente por los cambios en la dinámica de la vida cotidiana.
- b) Asumir un cambio en la idea de “libertad tradicional (porque si no, uno puede sentirse continuamente privado de ella). Me explico, conviene “cambiar el chip” –muy común cuando eres joven- referente a que la libertad es hacer “lo

que te dé la gana” –dentro de los límites obvios- y sustituirlo por “*estoy ejerciendo mi libertad porque elegí este camino*”. San agustín dice: “*libertad es buscar el bien de la otra persona*”. Esto supone un acto de voluntad grande; más adelante recurriré otra vez al tema de la voluntad.

- c) **Tener claro que vamos a contar con muchos apoyos** –y recursos-, pero que nos vamos a encontrar también con muchas dificultades para conseguir ése o esos objetivos. Esto último nos llevaría al segundo elemento-premisa.

2.2. Ser consciente de las *dificultades* que van a surgir en el camino pero, a la vez, que no vamos a estar solos.

El matrimonio cristiano está habitado por Dios, está “acompañado”. Contar con las dificultades y conocerlas nos ayudará a afrontarlas y ajustar el nivel de expectativas a esta realidad. “*Contigo pan y cebolla*” no funciona, pero sí puede funcionar el decir: “*Es posible que llegue el día en que sólo tengamos pan y cebolla... ¿cómo nos sentiremos? ¿Qué podemos hacer? ¿Con qué otros recursos de todo tipo contamos...?*”

Conviene no perder de vista que muchos de los considerados “apoyos” pueden convertirse en “generadores” de problemas. Por ejemplo:

APOYOS	DIFICULTADES
La <i>familia</i> como acogida, seguridad, referente...	La <i>familia</i> como agente que absorbe, fiscaliza, “se cela”, exige...
Grupo de <i>amigos</i> como “la mano que siempre está ahí”, el entretenimiento, los factores que “te hacen fuerte”, los mimos, la aceptación, el “bienestar”...	Grupo de <i>amigos</i> como “la mano que te asfixia”, que separa a tu pareja de ti. La presión del grupo, el “nadar contra corriente”. Lo que no puedes compartir...
“ <i>Ambiente</i> ” religioso como un pilar grande, el equilibrio...	“ <i>Ambiente</i> ” religioso como la desorientación, inestabilidad, conflictos...
Ingresos de pareja: La <i>administración</i> como armonía...	Ingresos de pareja. La <i>administración</i> como “chirrido”...

Este último punto depende más directamente de las actitudes de la pareja. Es fuente de muchas “faltas de entendimiento”, porque roza una faceta muy delicada que es la humillación. Crea sentimientos de impotencia que uno de los miembros de la pareja se autoerija en el jefe supremo económico. Aunque parezca mentira, aún sigue pasando en muchas parejas. Así pues, es necesario clarificar: LO MÍO, LO TUYO, LO NUESTRO...

Hasta aquí hemos analizado aspectos “más bien sociológicos”. A continuación me centraré en aspectos “mas bien psicológicos”.

2.3. Los *sentimientos* cambian siempre.

Por lo tanto, es también fundamental contar con que esto va a suceder en todo proceso largo de pareja. Es muy bueno conocer, identificar e ir manejando –otra vez la voluntad- los nuevos sentimientos que surgen, y desplazar a los antiguos.

Ahora bien, es importante caer en la cuenta de que los cambios no son siempre como uno quiere o imagina. Hay un dicho popular que dice que *“las mujeres se casan pensando que los varones van a cambiar, y que los varones se casan pensando que las mujeres nunca van a cambiar”*. La experiencia dice que los dos se equivocan y que, posiblemente, lo que más te molesta de la otra persona es lo último que va a cambiar.

Esto puede dar lugar a que se genere un desencanto generalizado, aparezca el rechazo y termine con la ruptura; pero ese desencanto también se puede canalizar, integrar, a través de un proceso de recompromiso, de reelaboración de sentimientos, de respeto, de cariño y de confianza. El que cambien los sentimientos no significa que cambien a peor, pueden cambiar también a mejor.

Inicialmente	Finalmente
Desencanto ENAMORAMIENTO _____	RECHAZO _____ O APATÍA
Desencanto CANALIZADO ENAMORAMIENTO _____	PROCESO DE RECOMPROMISO _____ DE REELABORACIÓN _____ DE SENTIMIENTOS _____ ... AMOR
	RUPTURA RESPETO CARIÑO CONFIANZA

Es importante que, como en los sentimientos que genera una pérdida, un duelo, uno se sienta acompañado en esto (“te acompaño en el sentimiento”), es decir, que no sienta que eso sólo le pasa a él –o a ella-, sino que esto nos pasa a casi todos, forma parte de un proceso de crisis del que uno puede salir muy fortalecido.

Muchas parejas llegan diciéndome: *“El problema es que ya no es el/la que era...”*. Bueno, generalmente “es el/la que era, pero conviviendo contigo”... Con lo cual, como dice un amigo mío que sabe mucho de esto: “las estrellitas desaparecen”.

También es cierto que, no sólo cambian los sentimientos, sino que también cambiamos las personas. Y también es muy importante asimilar cuanto antes que “hay cosas que no cambian”. Tomar decisiones importantes -por ejemplo tener un hijo- pensando que estas cosas van a cambiar, es un error muy común.

2.4. Hay un aspecto en el que, desde mi punto de vista, es fundamental coincidir: **los valores personales**, porque, prácticamente, pasan a ser valores de pareja. La pareja vivirá conforme a ellos: ¿Cómo vivimos? ¿Qué priorizamos? ¿Por dónde “tiramos”? ¿Cómo educamos a nuestros hijos? ¿Qué ejemplo les damos? ¿Vivimos con coherencia...?

Yo creo que en el seno de una pareja se puede tener:

- Distinto temperamento
- Distinto carácter
- Distinto grado de actividad
- Distintas aficiones (aunque si son comunes unen mucho)
- Distinto ritmo de vida
- Distinta preparación (también muy importante)
- Distintos amigos
- Distintas expectativas
- ...

Pero *no se pueden tener distintos valores*, porque no se pueden conciliar dos vidas así. La toma de decisiones importantes en común será casi imposible; no quiere decir que dos personas que quieren compartir su vida tengan que tener los mismos valores, pero sí una intersección en una serie de puntos como son la educación de los hijos, el manejo de las diferencias, la manera de expresar la ternura, etc.

2.5. Hacer un esfuerzo para que la evolución de la pareja se desarrolle en la misma dirección. “No mirarse uno al otro, sino mirar los dos en la misma dirección”⁵.

Esto puede cultivarse. Si tienen los mismos valores, se supone que tienen que vivir de una manera determinada como pareja. Hay que practicarlos y educarlos.

Antes hablaba de la preparación, de la formación de los componentes de la pareja. En este sentido está bien hacer cursos, participar en conferencias y actividades que ayuden a clarificar y a practicar aquello que se quiere practicar. Celebrar la fe en común, en comunidad; buscar juntos y compartir estas experiencias te ayuda y te hace afín a un grupo con el que puedes compartir ciertas cosas que son “intocables” con los amigos tradicionales.

La pareja puede evolucionar así:

Se rechazan	Se aguantan Se soportan	Se respetan, Se encuentran; Pero respetan los tiempos y espacios personales, la intimidad de cada uno.
-------------	----------------------------	--

2.6. Sumar las virtudes. De aquí surge la “**autoestima**” de la pareja.

Trabajar en la autoestima de la pareja; ayudar a que sean capaces de sumar las capacidades de cada uno, de definir con claridad, pero también con flexibilidad sus roles. Se trata de lograr un equilibrio adecuado entre el “yo” y el “nosotros”; sería profundizar en el tema de la comunión.

2.7. Evaluación –más bien autoevaluación- **de la pareja.** Desde la **honestidad, sinceridad, claridad, respeto...** Teniendo en cuenta que, por muy objetivo que se intente ser, el punto de vista de la mujer y del varón tendrá enfoques muy distintos.

⁵ A. de Saint Exupéry. *El principito*.

En mi opinión, un varón considera que una pareja funciona bien con un listón de exigencias mucho más bajo que el de las mujeres. La mujer suele reclamar más sensibilidad, ternura, cercanía, complicidad, colaboración, etc. A menudo los varones son ajenos a esto; incluso hablándolo es difícil sintonizar.

Por eso la pareja ha de intentar conciliar “lo masculino” y “lo femenino”. Supone un gran esfuerzo. A veces lo fácil es “tirar la toalla” y caer en la “incomunicación” –“¿para qué?”-.

Es más fácil instalarse en una vida rutinaria, hacer ciertas concesiones, darse cuenta –sobre todo la mujer- de que, si se es capaz de ser el “pilar” que soporta ciertas cosas, la convivencia será más o menos pacífica, y “tirar para adelante”... Por así decirlo, “echarse el matrimonio a la espalda”. Éste es el camino seguido por muchísimas parejas.

Insisto en que es mejor no esperar nada que no pueda –o que no deba- esperarse.

2.8. Vida sexual.

Le doy categoría aparte porque es fuente de conflictos. Aquí también suele haber “disarmonía” entre el varón y la mujer. Como es algo que también cambia muchísimo a medida que se convive, conviene hablar mucho, matizar, incluso “consensuar” y, desde luego, disfrutar sin condicionantes “externos” a la pareja.

La formación en este sentido, el saber cómo funcionan las cosas en otras parejas, el no sentirse raro, el tomárselo con muchísimo sentido del humor y la confianza mutuas, son los mejores ingredientes. Como en casi todo, la mujer necesita un clima de más cariño.

En todo caso, la **afectividad** ha de vivirse como comunicación profunda, como expresión palpable del amor.

2.9. Las experiencias de fracaso previo enseñan el camino.

Te enseñan, sobre todo, lo que no hay que hacer. Decía Napoleón que aprendía mucho más de sus errores que de sus aciertos; no sé si lo decía en serio o no, pero estaba diciendo una gran verdad

Los errores te ayudan a dar el siguiente paso con seguridad y optimismo (si se vence el miedo) y te señalan, en todo momento, que la relación de pareja, como otros, hay que mimarla y cultivarla, hay que hacerla crecer.

3.- CONCLUSIÓN

Vamos llegando al final de esta charla; ya pueden estar tranquilos... como ven, no hay mal que cien años dure...

En mi opinión, hoy más que en otros tiempos, es preciso profundizar en el significado del matrimonio cristiano. Sería ingenuo dar demasiadas cosas por supuestas.

Hoy más que nunca, aquéllos que quieren unir sus vidas en presencia del Resucitado, aquéllos que quieren que su unión simbolice el amor que Cristo siente por su iglesia, y aquéllos que queremos acompañarles en ese compromiso –seamos familiares suyos, agentes de pastoral y, en general, miembros, como ellos, de la

Iglesia- necesitaremos estar pendientes y cuidar especialmente de tres de los componentes del amor en el matrimonio cristiano.

A estos tres componentes estarán dedicados los últimos párrafos de esta charla. Cada uno de estos componentes coincide con el significado etimológico de las tres palabras con las que designamos, en nuestro idioma, a dos personas que comparten su vida en alianza matrimonial.

a) ESPOSO/A: Proviene del verbo latino *espondeo*, que significa “prometer solemnemente, comprometerse, empeñar la palabra, asegurar, garantizar, salir fiador de alguien”.

El matrimonio es promesa y compromiso. Es “darse palabra”. Esposo/a es la persona en quien confío y de quien me fío. Porque **amar es confiar**. Les recuerdo que la forma básica de la fe es la confianza.

b) CONYUGE: Proviene del verbo latino *coniugo (cum iugo)*, que significa “juntar, reunir, uncir con el mismo yugo”.

Cónyuge es la persona con quien comparto el yugo. Porque **amar es trabajar**. Les recuerdo el refrán castellano de “*obras son amores y no buenas razones*”; la frase de los EE., de Ignacio de Loyola: “*el amor hay que ponerlo más en las obras que en las palabras*”; y también que “*la fe se muestra activa en la caridad*”.

c) CONSORTE: Proviene también del latín, *consors, rtis (cum sors)* que significa “co-partícipe, propietario, aquel/la que comparte la suerte, la fortuna, el destino...” Consorte es la persona con la que queremos compartir nuestra suerte, nuestro destino, nuestra esperanza. Porque **amar es esperar**. Les recuerdo que la esperanza es la fe que mira hacia delante, hacia el futuro.

Confiar, esperar, trabajar... Fe, esperanza, caridad.

Carismas necesarios para que una pareja funcione y cree vida. Áreas que deben tenerse en cuenta en el proceso de preparación al matrimonio. Componentes de la convivencia a que están llamados los esposos cristianos.

Ésta ha intentado ser mi humilde aportación a su reflexión. Éste ha intentado ser mi “granito de arena” para acercarnos al “matrimonio cristiano hoy”.

Muchas gracias

DIALOGO

P.- *¿Qué posibilidades tiene un matrimonio de fracasar?*

R.- Yo creo que el amor puede fracasar, sobre todo si no se cuida. Creo que las personas tienen derecho a una segunda oportunidad, y creo también que, como dicen canonistas de prestigio, un porcentaje muy alto de los matrimonios que terminan en divorcio, son también canónicamente nulos. Quizás en el fondo de su pregunta está el tema de la atención pastoral a divorciados y separados, que sería tema de otra charla.

En mi opinión, sobre los procesos de nulidad y sobre los tribunales eclesiásticos hay más leyenda negra de la que le corresponde. Son procesos dolorosos, porque, en realidad, es volver a repetir por tercera vez lo mismo ya que se trata de personas que atraviesan un proceso de separación, divorcio y nulidad. Ahora bien, sí creo que hoy por hoy, en la mayoría de las diócesis españolas hay tribunales eclesiásticos compasivos, que se preocupan y hacen relativamente lo menos doloroso posible el proceso para permitir que, dentro de la Iglesia, las personas puedan iniciar un segundo proyecto de vida. En el cuidado pastoral de divorciados y separados, la Iglesia está avanzando mucho en el ámbito de la compasión, de facilitar las cosas, de auténtica comprensión... Me remito a los Documentos Episcopales de los Obispos del Rin, en Alemania, y de las Conferencias Episcopales australiana, neozelandesa, norteamericana... Existen bastantes documentos del Magisterio de la Iglesia que apuntan en esa dirección.

No soy canonista, pero me ha tocado acompañar a muchas personas en este sentido y, en todos los casos se han encontrado, en los Tribunales Eclesiásticos Diocesanos, con personas que, además de buenos profesionales, son compasivas, como no se puede ser de otra manera, porque lo primero que hay que hacer con una persona que fracasa en su matrimonio, es abrazarla. De las tres situaciones más estresantes del ser humano, la pérdida de un hijo, la pérdida del cónyuge y el divorcio o separación, éstos últimos ocupan siempre, como mínimo, el segundo lugar en la escala. Como podrán imaginar, para las mujeres el evento más estresante y devastador es la muerte de un hijo; pero, en la mayoría de las personas, tanto varones, como mujeres, es mucho más fuerte el dolor en casos de divorcio que en casos de muerte del cónyuge.

P.- *¿Por qué hay tantas rupturas y fracasos matrimoniales?*

R.- Como en los grandes problemas de todo tipo, puede haber muchas causas. Voy a señalar una serie de ellas que creo que tienen que ver con el problema, aunque no sean las únicas.

Una mala preparación al matrimonio, unida a una concepción falsa del noviazgo. El éxito de un noviazgo no es la boda, sino saber si dos personas quieren compartir su vida y son aptas para ello; por esa razón, un noviazgo exitoso puede terminar con la ruptura.

Lo que he comentado antes sobre el tema de las “virtudes instrumentales”. A mí me preocupa el hecho de que cerca de la mitad de los matrimonios terminen en divorcio; sin embargo, me preocupa mucho más, y me parece mucho más grave, que una gran parte de esas separaciones se produzcan en los cinco primeros años del matrimonio, porque creo que tiene mucho que ver con la dificultad para compartir la vida con otra persona, la poca tolerancia ante la frustración, la dificultad para manejar las diferencias...

Creo que también tiene que ver con las presiones sociales. Hay personas que se casan por razones equivocadas. Creo que vivimos mucho de mitos y, aunque nadie lo dice porque no es políticamente correcto, me llama la atención el hecho de que, entre personas que han convivido durante años antes de casarse –lo que se llama “matrimonio a prueba”- la tasa de divorcio es prácticamente igual a la de los que no han convivido antes, con lo cual, la razón que se da, no es un factor que garantice que vaya a ser un matrimonio más sólido.

En mi opinión, estamos en una sociedad en la que nos vamos haciendo más individualistas. Quizás somos más egoístas que hace 50 años, pero también creo que, gracias a Dios, también hay cosas por las que se pasaba hace 50 años y con las que no se transige ahora; hay otras en las que se debería transigir, pactar, charlar y, sin embargo, se mete todo “en el mismo saco”...

Pienso que las nuevas generaciones tienen como luz, respecto a las antiguas, el hecho de que valoran mucho más la igualdad, la libertad dentro de la pareja, pero no tienen la misma concepción del tiempo. Para las nuevas generaciones el “para siempre” -que antes era “hasta la muerte”-, significa “mientras dure”... y son honestos al decirlo; yo no digo que sea mejor ni peor, sino que tienen distinto concepto del término.

Otro aspecto en el que tenemos que entonar todos –padres, madres, centros educativos, Iglesia, Estado, ámbito de la política, ámbito social...- el “*mea culpa*”, es que no estamos educando a las personas en la capacidad de sacrificio; hemos pasado de que “el sufrir era bueno”, a que “no haya que sufrir de ninguna manera”. Los dos extremos son viciosos. Como consecuencia no se le da la importancia que tiene al compromiso perpetuo...

Tampoco le quitaría importancia al hecho de que las personas se casan cada vez más tarde y tienen hijos más tarde, porque también pienso que influye...

He apuntado las causas que yo considero principales, aunque hay muchas más, porque intervienen muchísimos aspectos. Ahora bien, no soy de los que piensan que, hay más divorcios y las parejas fracasan más porque hay Ley de divorcio... Antes fracasaban también, lo que ocurre es que se vivía bajo una presión social y los matrimonios rotos, de puertas hacia fuera no lo estaban...

P.- Sobre el problema del maltrato femenino.

R.- Es un tema que a mí me preocupa mucho, porque gran parte de mi práctica profesional ha sido con mujeres maltratadas. Me da la impresión de que no hay más maltrato que antes; lo que ocurre es que ahora llamamos a las cosas por su nombre. Antiguamente lo llamábamos “crímenes pasionales”, y era un atenuante, aunque los celos no tienen nada que ver con el amor. Ahora bien, pienso que es muy importante el hecho de que seamos cada vez más sensibles a esa injusticia. También desde la Iglesia se están dando pasos importantes, aunque también es cierto que hay Documentos del Magisterio de la Iglesia que, por la razón que sea, no llegan al público en general. El más hermoso de los muchos que he leído sobre el maltrato doméstico, está escrito por los Obispos norteamericanos; se llama “Cuando pido ayuda”: lo pueden encontrar en Internet, y me extraña que no esté en todas las Iglesias, porque nos hemos hecho cada vez más sensibles al tema, tanto desde la Iglesia como a nivel civil.

Otra de las cosas que se puede pensar es que, “si la mujer cede, va mejor el matrimonio...”, y de hecho, así funciona en un número grande de matrimonios,

incluso entre gente moderna y muy joven. Eso es injusto y llega un momento en que la mujer no aguanta más... Yo creo que la mujer no debe “echarse el matrimonio a la espalda”, porque no es una virtud. Además, con ello estamos patologizando a la mujer, y la estamos culpabilizando del fracaso matrimonial, lo que sería tremendamente injusto. Pensar así es tan sexista como el maltrato por causa de género y, a veces, detrás de ese “cargar la mujer con el matrimonio”, puede haber un maltrato larvado... o no tan larvado.

P.- ¿Qué situación tienen en la Iglesia las parejas divorciadas para recibir los sacramentos?

En estos casos que podríamos llamar “situaciones irregulares”, la Iglesia anima a buscar la declaración de nulidad. La doctrina que aparece en el número 84 de la *Familiaris Consortio* es que, mientras no haya habido una declaración de nulidad, las personas divorciadas y vueltas a casar, no pueden comulgar. Lo que ocurre es que si leen, tanto la *Familiaris Consortio* como otros documentos posteriores, se dice claramente que no están excomulgadas. Es una postura mucho más comprensiva que la de hace 50 años, aunque uno se pregunta ¿por qué no pueden comulgar si no están excomulgados?

Tanto el Cardenal W. Kasper, como el Cardenal K. Lehman, personas poco sospechosas de heterodoxia, de las que nos podemos fiar, defienden que se debe continuar avanzando en la reflexión sobre estos temas. Vienen a decir que la doctrina de la Iglesia en este punto todavía no está cerrada...

Es cierto que la Iglesia y el mismo Papa Juan Pablo II, en la *Familiaris Consortio*, caen en la cuenta de que hay veces en que, por diversas causas –muerte de los testigos, no querer dañar la fama de otra persona, no querer citar a los amigos a declarar, no hacer pasar un mal rato a los padres...- no se puede demostrar la nulidad. En estos casos, si en recta conciencia se cree conscientemente que es nulo después de haber consultado y discernido, establecen una solución que se llama “solución en el fuero interno”, que suscitó una polémica precisamente entre los Obispos del Rin, Kasper y Lehman, y la Sagrada Congregación para la Doctrina de la fe, con un intercambio de cartas y documentos, que yo les animaría a leer.

Sí es cierto que, como dicen los obispos australianos, cualquier solución que busquemos sobre este tema no va a ser sencilla. Las normas universales son necesarias pero luego hay que aplicarlas. Hay que ir, como dice Juan Pablo II en la *Familiaris Consortio*, a cada caso particular. Y, desde luego, los creyentes deberemos, en toda ocasión, interpretar esas normas universales con conciencia recta y teniendo en el horizonte el Evangelio del Señor, que es la ley suprema del cristiano.

Por mi parte, a las personas que vienen a hablar conmigo en este sentido, siempre les aconsejo que, como primer paso, se acerquen, a través de la parroquia, al Tribunal Diocesano.

BIBLIOGRAFÍA

- Borsato, B. *Imaginar el matrimonio*. Santander, 2003.
- Fisher, K. y Hart, T. *El matrimonio como desafío. Destrezas para vivirlo en plenitud*. Bilbao, 2002.
- Gesteira, M. *Matrimonio y Eucaristía. Dos sacramentos y un único misterio de*

alianza nupcial: Miscelánea Comillas 57 (1999), 3-38.

- Hosie, J. *Con los brazos abiertos. Católicos, divorcio y nuevo matrimonio*. Santander, 2001.

- Kasper, W. *Teología del matrimonio cristiano*. Santander, 1980.

- Miralles, A. *El matrimonio. Teología y vida*. Madrid, 1997.

- Rojas, E. *El amor inteligente. Corazón y cabeza: claves para construir una pareja feliz*. Madrid, 1999.

- Vidal, M. *El matrimonio. Entre el ideal cristiano y la fragilidad humana*. Bilbao, 2003.